

DUSSEL, Enrique. **1492. El encubrimiento del otro. Hacia el origen del *mito de la modernidad***. Madrid, Nueva Utopía, 1992.

Esta obra es el producto de una serie de conferencias dictadas por el autor en la Wolfgang Goethe Universitat de Frankfurt, en octubre de 1992.

La búsqueda de Enrique Dussel, en este libro de 1992, fecha recordatoria del descubrimiento de América, pero que mira hacia el próximo siglo, se endereza hacia las condiciones de posibilidad del proyecto liberador que incluya como un momento esencial la filosofía y la práctica del diálogo intercultural.

Para ello considera necesario contrastar la experiencia europea de la Modernidad, a partir de su propio mundo de la vida, con la experiencia latinoamericana de la modernidad, también a partir de su propio mundo de la vida.

En este diálogo surge un disenso inicial a partir de un equívoco de la modernidad expresada en términos eurocéntricos: ésta tiene el *concepto* emancipador racional, pero detrás de éste y en la confrontación con la otra experiencia se pone de manifiesto algo que aquel concepto oculta: el *mito* de la modernidad de justificación de la violencia.

La filosofía de la liberación buscará así plantear las condiciones de posibilidad del diálogo desde la Alteridad y, al mismo tiempo, desde la negatividad desde donde fue performativamente pensada; porque lo que está en juego es la posibilidad empírica concreta, al menos como punto de partida, de que *el-Otro-excluido y dominado* puede efectivamente intervenir en una argumentación para lo cual sería necesario que se tome seriamente en cuenta la situación asimétrica de la exclusión.

Para poder despejar el equívoco inicial, Dussel acomete la empresa de delinear las etapas histórico-hermenéuticas del discurso europeo y del discurso americano desde el momento en que ambos mundos de la vida se enfrentaron: 1492.

Y aquí se plantea una primera hipótesis: el proceso de constitución de la subjetividad moderna se inicia en ese año de 1492, encuentra su expresión en el ego *cogito* cartesiano, 1636, y su momento de máximo desarrollo explicativo en la *Aufklärung* hegeliana. Aquella hipótesis necesita una tesis histórica fuerte: España, nación renacentista a fines del Siglo XV, se convirtió por esa época en la primera potencia europea con capacidad de conquista territorial externa haciendo de América Latina la primera periferia de la Europa moderna. Es cierto que, más tarde, cuando la constitución de la subjetividad moderna ha alcanzado su madurez, desde la lectura de la Europa del Norte, concretamente en los textos hegelianos, España será considerada casi como una parte de África y descartada de la original definición de Modernidad. Para Hegel (como para Habermas hoy) el descubrimiento de América no es determinante constitutivo de la Modernidad.

Pero Husserl va más allá al leer la historia descentrando el usual relato y nos muestra que, en 1492, la misma Europa, vueltos los ojos al círculo del Mar Mediterráneo, no era más que un espacio cercado y periférico del mundo musulmán.

Existía también entre los españoles la conciencia de la Modernidad: la disputa de Valladolid de 1550, en la que intervinieron Gerónimo de Mendieta, Ginés de Sepúlveda y Bartolomé de las Casas es presentada por Dussel como el enfrentamiento de tres posiciones frente a la modernidad: la modernización como utopía, la modernidad como emancipación y la crítica del *mito* de la modernidad, respectivamente. En el núcleo mismo de esa búsqueda de autoconciencia se dirimía el destino de los amerindios, la definición de la misma modernidad y su propia inversión en mito.

Para establecer cómo se dio el enfrentamiento entre las dos culturas a partir del *descubrimiento*, Dussel trabaja las diferentes figuras históricas como experiencias existenciales iniciales de los europeos frente a América como revelarán la constitución del *mito* de la modernidad.

La primera de ellas: la *invención* del ser-asiático de América: el mundo de la vida cotidiana del europeo renacentista le impidió, en un primer momento, pensar en la existencia de un mundo desconocido: así, incorporó a América a lo Mismo conocido: Asia.

En segundo lugar: el *descubrimiento* que sólo se producirá con los viajes de Vespucio: el Nuevo Mundo, sumado al Viejo hará aparecer un nuevo mundo planetario ensanchándose entonces la visión europea en una visión universalista. Nace aquí el *concepto* de la modernidad.

Pero el descubrimiento de América se vuelve encubrimiento: la región ampliada se convierte en voluntad de poder, en la tercera figura: la *conquista*. Esta es un proceso militar-político violento que incluye al Otro como lo Mismo. El *Otro* en su *distinción* es negado como *Otro* y es *obligado, subsumido, alienado, a incorporarse a la Totalidad dominadora como cosa, como instrumento, como oprimido, como encomendado, como asalariado o como africano esclavo* (p. 52).

No hay que hablar pues de *encuentro*, sino de enfrentamiento de experiencias y de interpretaciones. El Yo europeo se veía a sí mismo como una superioridad casi divina frente al Otro primitivo, rústico, inferior: él, el hombre moderno, ilustrado, frente a la culpable ignorancia del indígena.

Cuarta figura interpretativa de la experiencia de los europeos: la *colonización* del mundo de *la* vida del indígena que convirtió a éste en objeto de una praxis dominadora erótica, cultural, política, económica, que buscó domesticar y estructurar, colonizándolo, el modo en que las gentes vivían y reproducían su vida: sumisión de los cuerpos.

A su vez, *la conquista espiritual* fue el dominio del imaginario del nativo: eliminación de sus dioses, mitos y ritos y -contando con una supuesta ya tábula rasa- imposición de la verdadera religión, del verdadero Dios. Es aquí donde *la* Modernidad elabora el mito de su propia bondad, afirma Dussel; el mito, diríamos, de *la* justicia civilizadora.

Choque devastador, en lugar de diálogo y encuentro de dos mundos. No hubo superación de *la* particularidad en una nueva comunidad argumentativa más universal, pues en lugar de igualdad existió, desde el principio, la disimetría.

Más que disenso: desentendimiento radical. Las figuras interpretativas, los argumentos del indígena no fueron tampoco comprendidos.

Enrique Dussel dibuja rápidamente la protohistoria de América emparentándola con los pueblos asiáticos: el Océano Pacífico era una cuenca, un espacio de intercambio cultural, como el Mediterráneo para los europeos, en el cual se había constituido un mundo cultural que había ya descubierto el continente, lo había nombrado y conocido, lo había incorporado a su mundo

de la vida. No un vacío de civilización, dice Dussel, sino un pleno de humanización, historia y sentido.

La sabiduría indígena también interpretó los acontecimientos: su interpretación contrasta, punto por punto, etapa por etapa, con la de los europeos: frente a la figura del descubrimiento, y luego de un desconcierto interpretativo, el azteca experimenta la llegada de Cortés como *parusía*; frente a la violencia sacrificial de la conquista el indígena acepta la sumisión para evitar males mayores; frente a la colonización o invasión del mundo de su vida el nativo se interpreta a sí mismo como transcurriendo el llamado por el autor: *sexto sol*, la etapa de su servidumbre; frente a la conquista espiritual, el hombre de estas tierras debe reconocer la suerte de sus dioses, esto es, el fin de su mundo.

Dussel muestra con gran sagacidad las posibilidades interpretativo – deliberativas que se ofrecían a Moctezuma frente a la presencia de Cortés, desde su propio mundo cultural; su oscilación entre una interpretación del hecho como la vuelta de su dios o la *parusía* de un dios maléfico o, también, la invasión de hombres malvados. Convencido de esto último, se les opone resistencia a los invasores. Fecunda es la memoria de la resistencia de los pueblos indígenas que duró hasta muy entrada la época colonial.

En los grandes imperios, pero también entre otros pueblos más rústicos apareció la tercera interpretación frente a la evidencia del triunfo de los invasores: la del fin del mundo para los aztecas, el fin de los tiempos para el Inca, el fin de la selva para los guaraníes. Dussel la llama época del sexto sol.

Somos gente vulgar, somos perecederos, somos mortales. Déjennos pues ya morir, déjennos ya perecer, puesto que nuestros dioses han muerto. Vosotros dijisteis que nosotros no conocemos al Señor de lo íntimo que nos rodea, aquel de quien son los cielos y la tierra. Dijisteis que no eran verdaderos nuestros dioses... Es ya bastante que hayamos perdido tanto poder, que se nos haya quitado, que se nos haya impedido su ejercicio. Si en el mismo lugar permanecemos sólo seremos prisioneros. Haced de vosotros lo que queráis. (citado en p. 174).

El sexto sol, desde la conquista hasta hoy, es todavía transitado por el pueblo latinoamericano con sus múltiples rostros: los indios, los esclavos africanos, los mestizos, los criollos, los campesinos, los obreros, los marginales.

Rostros contradictorios: el proyecto moderno emancipador de los criollos, Que estuvo a la base de la fundación de los estados americanos tuvo

dificultades para integrar la realidad indígena y mestiza y la afro-americana, es decir, las culturas populares.

El rostro campesino que pudo llevar adelante la Revolución mexicana hoy aparece mimetizado en los suburbios de las megalópolis latinoamericanas.

El obrero, que nació con la industrialización dependiente, se caracterizó y se caracteriza por su situación de sobre-explotado sufriendo la extracción de plusvalía para engrosar el capital extranjero.

El mito actual del mercado libre de competencia perfecta oculta la dependencia crediticia de nuestros países y la enorme acumulación de pobreza que acompaña a la acumulación de riqueza. El débil capital periférico es incapaz de subsumir el ejército laboral de reserva que constituyen los marginales de América Latina.

El bloque social de los oprimidos ha ido creando y construyendo su propia cultura sobre la que se implantarán pretensiones de modernización y primer - mundanización que ignora la historia del pueblo, la otra cara de la Modernidad. En nombre del núcleo racional emancipador de la Modernidad, dice Dussel, se niega el mito sacrificial eurocéntrico y desarrollista de la misma Modernidad.

Por eso, propone, el proyecto liberador, el proyecto de una práctica y filosofía del diálogo debe ser, al mismo tiempo un intento de superación de la Modernidad, un proyecto de liberación y transmodernidad. Un proyecto de racionalidad ampliada donde la razón del Otro tiene lugar en una comunidad de comunicación en la que todos los hombres puedan participar como iguales, pero al mismo tiempo en el respeto de su Alteridad, de su ser-Otro, Otredad que debe estar garantizada hasta en el plano de la situación ideal de habla (a la manera de Habermas) o en la comunidad de comunicación ideal o trascendental (de Apel) (p.202).

De esta forma, situándose en medio del debate contemporáneo y una vez descubierta, mediante un análisis histórico-filosófico, la doble faz de la Modernidad, su concepto y su mito, Enrique Dussel enuncia las condiciones de posibilidad y, al mismo tiempo, el deber-ser del diálogo universal entre culturas y mundos de la vida entre proyectos o teorías políticos, económicos, teológicos, epistemológicos, etc., para construir no una universalidad abstracta, sino una mundialidad analógica y concreta, donde todas las culturas, filosofías, teologías, puedan contribuir con un aporte propio, como riqueza de la Humanidad plural futura. (Id.).

Este es un libro adecuadamente representativo del pensamiento de

Enrique Dussel, filósofo argentino, ampliamente conocido por sus estudios sobre Historia de la Iglesia latinoamericana, creador, con otros, de la corriente latinoamericana de la Filosofía de la Liberación, original estudioso de Marx, actualmente empeñado en una serie de diálogos con los nuevos frankfurtianos, especialmente Karl Otto Apel y, fundamentalmente, pensador de la realidad latinoamericana.

Norma Fóscolo